

ses agotan todas las demostraciones de amistad para que respondais á su llamamiento. Os he vituperado creyendo que ibais á abrazar su partido; pero convencido hoy de que preferís mantener la paz con nosotros, á ser instrumentos de los designios agenos, os espreso mi satisfaccion por esta conducta, y os alabo por muchas cosas; pero especialmente por haber elegido lo más seguro y conservarme vuestra estimacion. Espero que, si perseverais, habeis de alcanzar grandes ventajas. ¡Salud!

Despues de haber sembrado así la discordia entre las dos Repúblicas, engreido por nuestros decretos y por sus respuestas, Filipo hizo avanzar sus tropas y se apoderó de Elatea, persuadido de que, en adelante, cualquiera que fuese el giro de los sucesos, era imposible que se verificase una liga entre Atenas y Tebas. La turbacion que se apoderó entonces de nuestra ciudad, todos la conoceis; pero escuchad, sin embargo, algunas palabras indispensables.

Una tarde llegó un hombre anunciando á los pritáneos que Elatea habia sido tomada. Se hallaban comiendo, y al instante se levantan de la mesa; los unos echan á los vendedores de sus tiendas y las entregan á las llamas; (1) los otros dan aviso á los estrátegos; hacen resonar el toque de alarma, y toda la ciudad se agita en el mayor tumulto. Al dia siguiente, al rayar la aurora, los pritáneos convocan el Consejo en el lugar acostumbrado; todos compareis allí, y antes que se haya discutido nada, ni se haya presentado ningun decreto, el Pueblo en masa llena el recinto. Entra el Consejo; los pritáneos dan de nuevo la noticia; introducen al mensajero para que se explique,

(1) Segun Reiske, lo hicieron así para desocupar la plaza donde el Pueblo debia hacer guardia durante la noche; pero Schæfer objecta que los muchos esclavos de los atenienses podian haber levantado las tiendas en pocas horas, y supone más verosímilmente que este fuego debió servir para anunciar el peligro á las gentes diseminadas por los campos.—(Stievenart.)

y el heraldo grita: «¿Quién quiere hablar?» Nadie se presenta. Se repite el llamamiento, y tampoco responde nadie. ¡Allí, sin embargo, se encontraban todos los estrátegos y todos los oradores! ¡La voz de la pátria reclamaba una palabra de salud! Porque el heraldo al pronunciar las palabras dictadas por la ley, no es otra cosa que la voz de la pátria. ¿Qué era necesario para presentarse? ¿Desear la salvacion de Atenas? Vosotros y los demás ciudadanos habríais corrido á la tribuna, porque todos deseábais ver la ciudad asegurada de aquel peligro. ¿Se necesitaba contarse entre los más ricos? Los trescientos habrian hablado. (1) ¿Reunir celo y riquezas? Se habrian levantado los que despues han hecho á la República donativos considerables, resultado de su patriotismo y su opulencia. ¡Oh! Aquel dia y aquella crisis reclamaban un ciudadano, no solamente rico y patriota, sino que hubiese seguido los asuntos públicos desde su principio y reflexionado con acierto sobre la politica y los designios de Filipo. El que no se encontrase en este caso, por mucho celo y riquezas que tuviese, no podia indicar el partido más conveniente, ni debía adelantarse á presentar su consejo.

¡Pues bien! El hombre de aquella ocasion fui yo: yo subí á la tribuna. Lo que os dije entonces, escuchadlo atentamente por dos razones. La primera, para que veais que fui el único, entre todos los oradores y gobernantes, que no abandoné, mientras duró la tempestad, el puesto que me habia señalado al patriotismo, sino que, antes por el contrario, en medio de aquellas circunstancias terribles, el objeto reconocido de mis discursos y mis proposiciones fué salvaros del peligro. La segunda, porque las palabras que pronuncie en estos cortos instantes derramarán mucha luz sobre el resto de mi conducta pública.

(1) En Atenas habia una clase compuesta de los trescientos ciudadanos más ricos.



Hé aquí lo que decía: «Los que creyendo á los tebanos amigos de Filipo se alarman tan vivamente desconocen, segun creo, el estado de las cosas. Tengo la seguridad de que, si existiera esa alianza, en vez de hallarse el Príncipe en Elatea, habría llegado la noticia de que estaba en nuestras fronteras. Estoy cierto de que solo avanza por ver si puede conseguir el apoyo de Tebas. Voy á manifestaros el fundamento de esta opinion. Todos los tebanos que ha podido corromper ó engañar están á sus órdenes; pero no puede destruir los obstáculos que le oponen sus antiguos adversarios, que le resisten todavía. ¿Qué es, pues, lo que quiere y por qué se ha apoderado de Elatea? Su objeto al llevar sus armas tan cerca de Tebas, no es otro que inspirar á sus parciales confianza y osadía y asustar á sus enemigos para que el miedo á la violencia les arranque lo que ahora se niegan á concederle. Si hoy despertamos el recuerdo de algunas ofensas de los tebanos, si les manifestamos desconfianza como á enemigos, desde luego satisfaremos los deseos de Filipo; y en tal caso, temo la defeccion de sus adversarios, y temo tambien que, uniéndose al Príncipe, se precipiten ambos partidos sobre el Atica. Pero si quereis escucharme; si venis á reflexionar y no á disputar sobre mis palabras, confío en que parecerán oportunas y en que disiparé el peligro que nos amenaza. ¿Qué es, pues, lo que se necesita? Ante todo, dejad que ese temor que os agita lo sientan solamente los tebanos, que, mucho más espuestos que vosotros, tendrán que sufrir primero la tempestad. Enviad en seguida á Eleusis vuestra caballería y todos los ciudadanos que estén en edad de servir, y que toda la Grecia os vea con las armas en la mano. De este modo, los amigos que teneis en Tebas, podrán, con igual libertad que sus contrarios, sostener la buena causa, porque verán que si los traidores que venden la pátria á Filipo se apoyan en las tropas de Elatea, vosotros tambien os hallais dispues-

tos para socorrer oportunamente á los que quieran combatir por la independecia. Propongo además que se nombren diez diputados, investidos de autoridad bastante para convenir con los estrátegos, el dia de la partida y los detalles de la espedicion. Pero una vez llegados á Tebas, ¿de qué modo vuestros representantes manejarán este asunto? Prestadme toda vuestra atencion. No exijais nada á los tebanos; lo contrario sería una mengua para vosotros. Lejos de esto, prometedles socorros si los piden, y no olvideis que su peligro es inminente, y que vemos mejor que ellos el porvenir. Si aceptan nuestros ofrecimientos y nuestros consejos, habremos logrado el objeto que nos proponíamos, sin que la República haya abandonado su noble actitud. Si los rechazan, Tebas solo podrá acusarse á sí misma de sus desgracias, y nosotros no tendremos que echarnos en cara ningun acto bajo ni vergonzoso.»

Despues de estas esplicaciones y otras semejantes, bajé de la tribuna entre los aplausos de todos y sin que nadie me contradijese. A las palabras añadí un decreto; admitido el decreto formé parte de la embajada, y como embajador persuadí á los tebanos. Yo principié, continué y terminé la obra; yo espuse, por vosotros, mi cabeza, á todos los peligros que amenazaban la República.—Presenta el decreto que se promulgó entonces.—¿Quieres, Esquines, que diga cuáles fueron tu papel y el mio en esta memorable jornada? ¿Dirás todavía que fui un Batalos, (1) epíteto con que me han designado tus sarcasmos? En cambio tú has sido siempre un héroe extraordinario; pero un héroe de teatro tal como Cresfonte, ó Creon, ó bien ese Æno-maüs que tan cruelmente estropeáste en Colitos. (2) En

(1) Este sobrenombre la había recibido Demóstenes en su juventud. *Batalos* significa hombre afeminado.

(2) Pueblo donde Esquines había representado tragedias.



aquella crisis, el Batalos de Pæania, mereció mejor de la pátria que el Ænomaüs de Cotoce; porque tú no hicistes nada por ella, y yo hice todo cuanto puede aguardarse de un buen ciudadano.—Que se lea el decreto.

(Lectura del siguiente decreto:

Bajo el Arconte Nausiclas, el diez y seis del mes de Sciroforion, Demóstenes de Pæania, hijo de Demóstenes, dijo:

Visto que hasta ahora Filipo, Rey de los macedonios, ha despreciado los juramentos y los derechos consagrados en todos los pueblos helenos; que ha violado el tratado de paz concluido entre él y el pueblo ateniense; que ha usurpado ciudades que por ningun título le pertenecian, y sometido á sus armas muchas plazas sin ninguna provocacion de nuestra parte; que no satisfecho con esto y llevando más lejos la violencia y la crueldad, ocupa con sus guarniciones ciudades griegas y destruye en ellas el gobierno democrático; que arrasa otras y vende á sus habitantes; que en algunas los reemplaza con gentes extranjeras y hace hollar por la planta de los bárbaros nuestros templos y los sepulcros de nuestros padres; vista, en fin, esta impiedad, propia de su pais y su carácter, y el abuso insolente que hace de su fortuna, olvidando lo humilde y oscuro que fué su origen antes de esta grandeza inesperada; y atendiendo tambien á que si la República ha podido considerar poco graves las ofensas inferidas á ella en particular, hoy que vé muchas ciudades griegas destruidas y cubiertas de ignominia, se creería culpable é indigna de nuestros gloriosos antepasados si dejase avasallar á los helenos

El Consejo y el Pueblo de Atenas decretan:

Despues de haber dirigido oraciones y ofrecido sacrificios á los Dioses y á los héroes protectores de Atenas y su territorio; con el corazon lleno de la virtud de nuestros padres, que preferian la defensa de la libertad griega á la de su propia pátria, lanzaremos al mar doscientos naves; el almirante de esta escuadra hará rumbo hasta la altura de las Termópilas, y el estrátego y el hiparca dirigirán la infantería y la caballería hácia Eleusis.

Se enviarán embajadores á toda la Grecia, y especial-

mente á Tebas, que se vé amenazada más de cerca por Filipo. Exhortarán á no temerle y á defender heroicamente la libertad de cada pueblo y la de todos los helenos. Dirán que Atenas, olvidando los resentimientos que han podido dividir á las dos Repúblicas, enviará socorros en dinero y armas ofensivas y defensivas, persuadida de que, si es honroso disputarse la preeminencia cuando no amenaza ningun peligro comun, el combatirse para recibir el yugo de un extranjero, es un insulto á su propia gloria y al heroismo de sus abuelos.

Los atenienses, añadirán los embajadores, se consideran unidos á los tebanos por los lazos de familia y de pátria. Recuerdan los beneficios que sus antepasados dispensaron á Tebas: los heraclidas despojados de sus reinos hereditarios por los del Peloponeso, y volviendo á recobrarlos por las armas de los atenienses, vencedores de sus enemigos; Edipo y sus compañeros de destierro acogidos en nuestra ciudad, y otros muchos servicios importantes prestados por nosotros á los tebanos. Así en esta ocasion el pueblo de Atenas no divorciará su causa de la causa de la Grecia.

Los embajadores estipularán una alianza para hacer la guerra, el derecho de matrimonio, y prestarán y recibirán los juramentos.

Embajadores elegidos: Demóstenes, Hiperides, Mene- sitides, Demócrates y Calleschros.)

De ese modo se fundó la union de Atenas y de Tebas. Hasta entonces, los traidores habían sembrado sordamente entre las dos Repúblicas el odio y la desconfianza; pero con este decreto, el peligro que amenazaba á nuestra ciudad se disipó como una nube. ¿Pudo un ciudadano justo discurrir un partido más conveniente? En tal caso debió presentarlo entonces y no recriminar ahora. Entré el consejero y el sicofanta, tan distintos en todo, existe una diferencia esencial: el uno declara su opinion antes de que se hayan realizado los acontecimientos, y se ofrece responsable con el tiempo con la fortuna y con aquellos á quienes persuade; el otro calla cuando se necesita hablar,



y al primer revés que sobreviene arroja de su boca el grito de la envidia.

Aquella ocasion era, yo lo repito, la de los buenos ciudadanos y la de los sábios consejos. Me atreveré á decir, que si aun hoy se puede indicar un partido mejor que el que yo propuse, algun otro partido posible, desde luego me confieso culpable. Sí, que se revele al presente un proyecto de útil ejecucion para aquellas circunstancias, y declararé que debia haberlo discurrido. Pero si no se presenta ninguno, si no es posible que se encuentre aun hoy que conocemos el resultado de los sucesos, ¿qué otra cosa que lo que hizo debió hacer el consejero del Pueblo? Entre las medidas practicables que podian adoptarse, ¿no era su obligacion escoger las mejores? Hé aquí, pues, Esquines lo que yo hice cuando el heraldo dijo: «¿Quién quiere hablar?» Sí, esto fué lo que preguntó y no ¿quién quiere censurar el pasado? ¿Quién quiere garantizar el porvenir? En aquellos momentos te hallabas en el seno de la Asamblea y permanecistes mudo, inmóvil, mientras que yo me levanté y hablé. Ya que entonces no digiste nada, habla al ménos hoy, y presenta el lenguaje que yo debia haber usado; las ocasiones favorables que hice perder á la República; las empresas, las alianzas que debí aconsejar á los atenienses.

El pasado se abandona siempre, y nadie hace el programa de una deliberacion sobre lo que ya ha sucedido. Solo para el porvenir y el presente se necesitan los consejos.

Pero entonces nos amenazaban desgracias muy probables, y otras habian caido ya sobre nosotros. Examina mi administracion durante aquella crisis, y no calumnies los resultados. Estos dependen de la Fortuna; la intencion del que aconseja se manifiesta por el consejo mismo. No me acuses, pues, de la victoria que fué concedida á Filipo; el éxito del combate depende de los Dioses y no de mí. Pero

decir que no hice adoptar todas las medidas posibles á la prudencia humana; que no desplegué en la ejecucion celo, destreza y un ardor superior á mis fuerzas, y que mis proyectos no han sido necesarios, gloriosos y dignos de la República, son cosas que debes probar antes de acusarme. Si un rayo más fuerte que nosotros y que todos los helenos cayó sobre nuestras cabezas, ¿qué pude hacer? El capitán de un buque se ha provisto de todo lo que puede contribuir á la seguridad de su nave; pero estalla la tempestad y destroza las jarcias y los aparejos, ¿se acusará á este hombre del naufragio? No soy yo, dirá, quien empuñaba el timon. ¡Pues bien! yo no tenía el mando del ejército; yo no era dueño de la suerte, sino que la suerte era árbitra de todo.

Reflexiona, Esquines, sobre lo que voy á decirte. Si tal fué nuestro destino combatiendo los tebanos con nosotros, ¿qué deberiamos haber esperado si tú hubieses conseguido tu empeño de hacerlos auxiliares de Filipo? Despues de la batalla, verificada á tres jornadas del Atica, el peligro y la consternacion fueron estremados entre nosotros; si, pues, la hubiésemos perdido en nuestro territorio, ¿qué esperanza nos habría quedado? ¿Piensas que Atenas existiria aún? ¿Piensas que nos sería permitido reunirnos, ni siquiera respirar? Pero en aquellas circunstancias, un solo dia, y mejor aún, dos ó tres, nos proporcionaron muchos recursos. Sin esta dilacion..... Mas ¿para qué hablar de las desgracias de que nos ha preservado algun Dios protector y esa alianza, baluarte de Atenas, objeto de tus acusaciones?

Todas estas consideraciones se dirigen á vosotros, los que teneis que juzgarnos, y á los que fuera de este recinto nos rodean y nos escuchan. Para ese hombre de cieno, algunas palabras muy duras bastarán. Si cuando la República deliberaba, se describía, Esquines, ante ti solamente el velo del porvenir, debiste manifestarlo; y si, por el



contrario, nada preveías, eres también responsable de la ignorancia general. ¿Por qué, pues, acusarme cuando yo no te acuso? En esta ocasión, (y no me refiero aún á las demás) fui mejor ciudadano que tú; porque me ocupé en saludables proyectos, así reconocidos por todos, sin retroceder ante ningún peligro personal, sin acordarme siquiera de los riesgos que corría; mientras que, lejos de señalar un camino más seguro que hubiese apartado del mío, no prestastes el más ligero servicio. Lo que habría hecho contra su patria el perseguidor más cruel, lo has hecho tú después de aquellos sucesos; y mientras que Aristrato en Naxos, y Aristolao en Tasos, ambos enemigos implacables de nuestra República, acusan á nuestros partidarios, también en Atenas acusa Esquines á Demóstenes. Pero el que espera su triunfo de las calamidades de la Grecia, merece la muerte y no tiene derecho de acusar á nadie; el que contribuye á la prosperidad de nuestros enemigos, jamás será otra cosa que un traidor. Todo atestigua que lo eres; tu vida, tus actos, tus discursos y hasta tu silencio. ¿Se ejecuta algún proyecto ventajoso? Esquines permanece mudo. ¿Sobreviene algún revés? Esquines habla. De igual modo, cuando ataca una enfermedad, todas las heridas se reproducen.

Puesto que se ensaña contra los resultados, voy á aventurar una paradoja. ¡Los Dioses permitan que mis palabras no asombren ni parezcan atrevidas á nadie! ¡Ellos hagan que las peseis con benévola imparcialidad! Aun cuando el porvenir se hubiese previsto por todos; aun cuando tú mismo, Esquines, que no despegásteis los labios, lo hubieses anunciado con tus gritos y tus vociferaciones, Atenas no debía haber seguido otra conducta, á ménos que entonces se olvidara por completo de su gloria, de sus antepasados y de la posteridad. El éxito se presumía, pero defraudó á nuestras esperanzas; suerte común á todos los hombres cuando el Cielo les niega sus favores.

Pero habiendo adquirido nuestra patria el primer puesto entre los helenos, no podía renunciar á él sin que fuese acusada de haber entregado la Grecia entera al yugo de Filipo. Si hubiese abandonado sin combate lo que nuestros abuelos consiguieron á costa de tantos peligros, ¡cuánto oprobio, Esquines, recaería sobre tí! Porque de seguro que el desprecio no habría alcanzado ni á mí ni á la República. Con qué ojos, ¡grandes Dioses! veríamos afluir á nuestra ciudad los extranjeros, si además de haber caído en este abatimiento, Filipo hubiese sido nombrado jefe y dueño de la Grecia, sin que para impedir este deshonor hubiésemos empuñado las armas, dejando á los demás pueblos que combatiesen sin nosotros. ¡Sin nosotros que tenemos una patria que siempre ha preferido riesgos honrosos á una seguridad sin gloria! ¿Hay un griego ni un bárbaro que no sepa que los tebanos, y antes que ellos los lacedemonios, en todo el apogeo de su poder, y que aun el mismo Rey de Persia, se habrían dado por contentos, permitiendo á nuestra República conservar y aumentar á su grado sus posesiones, siempre que hubiese abandonado el imperio de la Grecia? Pero los atenienses de aquel tiempo no habían nacido para sufrir el yugo de nadie; ni su sangre ni sus costumbres permitían esta deshonra.

No, jamás Atenas ha consentido someterse á un injusto dominador, ni descansar en una vergonzosa esclavitud. ¡Combatir por la supremacía, despreciar los peligros por la gloria, hé aquí la conducta que ha seguido en todos tiempos! Noble ejemplo, tanto más digno de vosotros, cuanto que prodigais elogios, y elogios merecidos, á aquellos de vuestros antepasados que han sabido imitarlo. ¡Oh! ¿Cómo no admirar á los ilustres ciudadanos que se retiraron á las naves y abandonaron su ciudad y su patria por no verse obligados á obedecer? Pusieron á su cabeza á Temistocles, autor de este consejo, mientras que



Cirsilo (1) que había hablado de someterse, fué apedreado por ellos, y su mujer por las mujeres de Atenas. Hicieron esto porque los atenienses no buscaban entonces un orador ni un general que hiciese esclavos felices; la vi la misma habría sido insoportable para ellos sin la libertad. Cada cual se creía hijo, no solamente de su padre y de su madre, sino también de la patria. El hombre que se cree nacido solo de sus padres, aguarda la muerte del destino ó de la naturaleza; pero si cree que también debe la vida á su patria, querrá perecer antes que verla tiranizada. Sí, la muerte le parecerá ménos temible que el deshonor y los ultrajes, siempre inseparables de la servidumbre.

Si yo me atreviese á alabarme de haberos inspirado sentimientos dignos de vuestros abuelos, deberíais levantáros todos contra mí. Reconozco que vuestras grandes resoluciones nacen de vosotros mismos, y que iguales y anteriores á los míos habían sido los nobles pensamientos de la República: solamente añado que, en todo lo que hizo, algo se debió también á mis servicios. Sin embargo, Esquines acusa por completo mi administración, y os irrita contra mí presentándome como el causante de vuestros peligros y vuestros temores. ¿Y por qué hace esto? ¡Por privarme del honor pasajero de una corona, sin ver que no puede conseguirlo sin arrebatáros los elogios de los siglos futuros! Porque si condenando á Ctesifonte no podeis menos de condenar mi conducta, se pensará que os equivocásteis al seguirla, y que vuestras desgracias dependen de vosotros y no de la tiranía de la suerte. No, atenienses, no; vosotros no obrásteis con desacierto al despreciar toda clase de riesgos por la salud y la libertad de la Grecia: ¡lo juro por los héroes de Maraton, por los combatientes de Platea, de Salamina y Artemisia, y por la memo-

(1) Algunos historiadores dan á este ateniense el nombre de Lycidas.—(Stievenart.)

ria de todos los valerosos ciudadanos cuyas cenizas descansan en los monumentos públicos! A todos, Esquines, les concedió Atenas indistintamente los mismos honores y la misma sepultura, sin limitarse á los que habían tenido la fortuna de vencer. Esto fué obrar con justicia, porque todos habían cumplido los deberes de buenos ciudadanos, siendo la suerte próspera ó contraria de cada uno decretada por el Cielo!

Sin embargo, ¡miserable amanuense! ¡hombre execrable! tú has querido arrebatarme las simpatías y el aprecio de estos ciudadanos, hablando de trofeos, de batallas y de antiguas empresas, cuyos recuerdos son detalles parásitos en tu acusación. Y yo que acababa de exhortar á la República á mantenerse en el primer puesto, di, histrion secundario, ¿qué sentimientos debía traer á la tribuna? ¿Los de un cobarde orador indigno de Atenas? ¡La muerte habría sido entonces mi justo castigo!

Atenienses, no debeis juzgar del mismo modo las causas privadas y las causas públicas. Los asuntos que cada día se presentan, se resuelven según los hechos y las prescripciones de la ley; pero cuando se trata de los grandes intereses del Estado, no debeis perder de vista la grandeza de vuestros antecesores. Al sentarse en el tribunal para decidir un proceso político, cada uno de vosotros debe figurarse, para no hacer nada indigno de sus abuelos, que con las insignias de la magistratura representa también el génio de Atenas.

Esta digresión sobre las hazañas de vuestros antepasados me ha hecho omitir algunos hechos y algunos decretos. Vuelvo, pues, á reanudar mi relato.

Cuando llegamos á Tebas encontramos allí á los embajadores de Filipo, de los tesalios y de los demás aliados del Príncipe. Nuestros amigos se hallaban consternados, y los del Macedonio llenos de esperanza y seguridad. Y no creais que mi propio interés me hace hablar de este



modo; que se lea la carta que escribimos en seguida desde Tebas. Pero aquí ese hombre ha traspasado los límites de la calumnia: el buen éxito lo atribuye siempre á las circunstancias y jamás á mí, ¡y los desastres los imputa á mis desaciertos y á mi mala estrella! Así, pues, yo, que soy hombre de consejo y de palabra, ¡no he contribuido nada á lo que se ha hecho por estos medios! y siendo extraño á las disposiciones militares, ¡soy, sin embargo, la causa de las desgracias de la guerra! ¿Ha existido jamás un delator más atrevido ni más perverso?—Lee la carta.—*(Lectura de la carta.)*

Se reúnen los tebanos en asamblea; los embajadores macedonios son introducidos antes que nosotros, bajo el pretexto de aliados. Suben á la tribuna, elogian mucho á Filipo, se quejan mucho de vosotros, y recuerdan cuanto habeis hecho en todos tiempos contra Tebas. Su conclusion es que para recompensar los servicios del Príncipe y para vengarse de vuestras injurias, los tebanos debian franquearle el paso ó precipitarse con él sobre vuestro territorio. «Seguid nuestros consejos, añaden, y los ganados, los esclavos, las riquezas todas del Atica pasarán á la Beocia; pero si escuchais á los atenienses, ved ya la Beocia devastada por la guerra;» y por este orden otras palabras encaminadas al mismo objeto. Yo quisiera referiros en detalle nuestra respuesta. Pero ya pasaron aquellos dias aciagos que recuerdan á nuestro espíritu las calamidades de que la Grecia se vió inundada, y temo fatigaros con una referencia desagradable. Escuchad solamente lo que persuadimos á los tebanos y lo que ellos respondieron.—Toma y lee.—*(Lectura de la respuesta de los tebanos.)*

Muy poco despues os llaman con urgencia, y vosotros partís y los socorreis. Omito los hechos intermediarios. La acogida fué tan fraternal, que dejando su infantería pesada y su caballería fuera de los muros, recibieron vuestro ejército en su ciudad, en sus casas, en medio de sus

hijos y sus mujeres y de cuanto les era mas querido. Así, pues, en aquel dia memorable, los tebanos hicieron público el triple elogio de vuestro valor, de vuestra equidad y vuestra temperancia. Querer mejor combatir con vosotros que contra vosotros, era, en efecto, reconocer más valientes y más justos que Filipo; y confiaros sus esposas y sus familias, que es el tesoro que entre ellos, como en todos los pueblos, se guarda con más cuidado y estimacion, era declarar que tenian confianza en nuestro comedimiento. Sobre todos estos puntos, atenienses, la opinion que formaron de vosotros se vió altamente justificada. Durante la permanencia del ejército en Tebas, ni una sola queja, ni justa ni infundada, se dirigió contra vosotros; ¡tan grande fué vuestra moderacion! En los dos primeros combates, el uno verificado cerca del rio y el otro en el invierno, os mostrásteis, no ya irreprochables, sino admirables, por la disciplina, el orden y el ardor con que peleásteis. Así fué que todos los pueblos no hacian más que prodigar alabanzas á los atenienses, y entre nosotros no cesaban los sacrificios y las fiestas en honor de los Dioses.

Aquí quisiera dirigir una pregunta á Esquines. En medio de estos regocijos, de estos trasportes de alegría, y de las felicitaciones que resonaban en la ciudad, ¿tomó él parte en el gozo y en las rogativas públicas? ¿No estuvo, por el contrario, triste, abatido, pesaroso de la dicha de todos y encerrado en su casa? Y si esto no fuese exacto, si se le hubiese visto participar de las fiestas entre sus conciudadanos, ¿podría, sin cometer un crimen, una impiedad, querer que la alianza, por él mismo aprobada á la faz de los Dioses, fuera hoy condenada por vosotros, que habeis jurado por esos mismos Dioses ser justos en vuestro fallo? Si se alejaba de nuestros templos, ¿no merecerá mil muertes el que se afligia por el gozo universal?—Lee los decretos.—*(Lectura de los decretos concernientes á los sacrificios.)*



Atenas se ocupaba entonces en ofrecer sacrificios, y Tebas nos miraba como sus libertadores. Un pueblo que, por la política de algunos malvados, parecía reducido á tener que mendigar socorros ajenos, dió los suyos á otros pueblos gracias á mis consejos. Pero, ¿cuáles fueron entonces los gritos de Filipo? ¿Cuáles las inquietudes que le asaltaron? Vais á conocerlas por las cartas que envió al Peloponeso. Se van á leer, á fin de que juzgueis lo que produjo mi perseverancia, mis viajes, mis fatigas, y esos numerosos decretos que Esquines ha manchado con sus mordeduras.

Atenienses, vosotros habeis tenido antes que á mí, á gran número de ilustres oradores; un Calistrato, un Aristofon, un Céfalo, un Trasíbulo y otros muchos; pero ninguno se consagró jamás á todo lo concerniente á un asunto. El autor de un decreto no se encargaba de la embajada, ni el embajador tenía parte en el decreto; ninguno quería renunciar al reposo, y en caso de sobrevenir un revés, se reducían á buscar una excusa. ¡Pues qué! se me dirá, ¿tienes tú sobre los demás una tan grande superioridad de fuerza y de audacia que te permite atender á todo? No es esto lo que digo; pero veía tan inminentes los peligros que amenazaban á mi patria, que creí deber consagrarle todos mis instantes y olvidar todos mis asuntos personales, dichoso de que estuviesen bien atendidos los de la República. Yo había formado la idea, quizá sin razon, pero la había formado, de que en los decretos, en su ejecucion y en las embajadas, ningun otro obraría con más prudencia, con más celo ni integridad que yo. Por este motivo desempeñé todos los cargos.—Lee las cartas de Filipo.—*(Lectura de las cartas.)*

Hé aquí, Esquines, hasta qué punto mi política ha humillado á Filipo; hé aquí el lenguaje á que he hecho descender al mismo que había lanzado contra la República tantas altivas amenazas. Así, pues, yo fui justamente co-

ronado por estos ciudadanos; y tú, que te hallabas presente, no hiciste ninguna oposicion. Me acusó Diondas, pero no obtuvo la quinta parte de los sufragios.—Que se lean los decretos que no fueron ni condenados por los jueces ni atacados por Esquines. *(Lectura de los decretos.)*

Estos decretos, ciudadanos de Atenas, están concebidos en los mismos términos que otras veces el de Aristónico y que hoy el de Ctesifonte; pero lejos de atacarlos, Esquines no secundó siquiera al acusador. Sin embargo, si sus imputaciones actuales fuesen fundadas, podía perseguir á Demómelo é Hipérides, autores de los decretos, con más apariencia de justicia que hoy persigue á Ctesifonte; porque este pudo apoyarse en los ejemplos anteriores; en los fallos de los tribunales; en el silencio guardado por el mismo Esquines sobre muchos decretos iguales á este; en las leyes que no permiten volver á juicio las cosas juzgadas, y en otras muchas razones. Entonces, al contrario, se habría examinado la causa en sí misma, sin ninguno de estos precedentes. Pero tambien entonces el acusador no habría podido rebuscar, como hoy, en los archivos públicos y en un cúmulo de decretos, ni exhumar lo que nadie esperaba que apareciese de nuevo, ni calumniar á su gusto, ni confundir el orden de los tiempos, ni falsificar las intenciones, ni poner en juego los recursos de la elocuencia. No, estos medios no existian entonces. Frente á la verdad y ante los hechos aún presentes á vuestra memoria, y por decirlo así al alcance de vuestra mano, habría tenido que ser más verídico. Por eso ha esquivado la lucha mientras los hechos estuvieron recientes; por eso ha aguardado á tan tarde para entrar en liza, imaginando sin duda que esto sería un combate de oradores, y no una investigacion severa de nuestros actos políticos; un certámen literario y no un juicio sobre los intereses de la patria.

A seguir el parecer de ese sofista, debiais despojaros